

UN SONDEO EN LA CONCIEN



CIA DE LA "GENERACION X"



Un desprecio de las convenciones vigentes en las clases medias ha incitado a los jóvenes a rechazarlas totalmente, aunque ello suponga, en cierta medida, la adopción de otras convenciones nuevas que les son propias y características.

NADA NOS VUELVE LOCOS

SIGUE



La «furia de vivir» de los jóvenes comprendidos entre los dieciocho y los veinticinco años —la generación X— se manifiesta particularmente en las reuniones colectivas, que muchas veces congregan a miles de muchachos y muchachas. En ellas, la música es elemento imprescindible, unas veces como acompañamiento del baile; otras, como espectáculo. Y, en estos casos, el entusiasmo se vuelve en el conjunto que, según el momento, venga pegando más fuerte: a la derecha, «Los Rolling Stones»



NADA NOS VUELVE LOCOS

La juventud actual ha sido objeto de muchos y concienzudos estudios. Pese a la afirmación de algunos de que «siempre ha sucedido lo mismo» y que la juventud en todas las épocas históricas ha acarreado problemas a sus educadores, lo cierto es que en nuestro siglo, en la segunda mitad del mismo, se ha configurado con enorme fuerza una generación, una serie de promociones juveniles claramente independizadas de las anteriores. Sin embargo, la sistematización de sus aspiraciones, de su talante vital, no resulta fácil y en más de una ocasión hay que recurrir a las simplificaciones que anotan las características más sobresalientes de esta juventud. Entre la abundante bibliografía sobre la materia, escogemos un libro, «Generación X» —publicado en Londres—, que tiene particular interés, ya que deja la palabra a los propios jóvenes y son ellos mismos los que racionalizan su situación o, en cualquier caso, se pronuncian emotivamente sobre ella.

Una de las notas comunes a todos los pertenecientes a la «generación X» —así denominan los autores a los menores de veinticinco años— acusa una notable falta de fe en los viejos, en los mayores... pero también en sí mismos.

«Nuestros mayores no nos inspiran, no nos proporcionan el mayor incentivo para que seamos como ellos son. "Renovarse o morir", dice el poeta. Vemos el ocaso de la vida en las caras terribles de nuestros dirigentes elegidos ministros y jueces. **SIGUE**



En ocasiones, es preciso alejarse del calor ambiente y beber algo fresco, sin perder de vista la pista.





En los rincones, sentadas de cualquier manera, las parejas buscan un mayor acercamiento. La relación hombre-mujer es una de las mayores preocupaciones de estos jóvenes, que piensan que «el amor es algo aparte».



Todo es una carrera de ratas. Se da uno cuenta de esto cuando se es joven; se comprende lo malo que es, pero se encuentra uno arrastrado a hacer lo mismo. Es un círculo vicioso. Los viejos te negarán el pan y la sal si no lo haces. A veces odio positivamente a esta gente. A veces siento un aburrimiento mortal y una cierta amargura con respecto a la vejez y a la soledad de los viejos. Me afecta el pensar en la gente que está viviendo en chabolas o en aquellos que han sido completamente derrotados por la vida. Me pongo triste por los millones que mueren en Asia y África, pero, ¿qué hago para solucionarlo? Siempre hay una fiesta o una cita y es más fácil olvidar...

Uno de los clichés más populares acerca de los menores de veinticinco años en la Inglaterra de hoy es el de que ignoran los viejos y tradicionales códigos morales. Y una de las principales razones para romper con ellos es la de que todo el mundo en la pandilla hace lo mismo.

«El pertenecer a la clase media es lo más degradante en la juventud. Se puede hacer todo menos aparentar ser convencional durante la juventud: durante este período te comportas y actúas representando siempre un papel; es una época de experimentos constantes. Si, por ejemplo, está de moda ser comunista, pues te haces comunista. Atraviesas multitud de modas snobistas, como el volverte loco por el jazz moderno o por los films europeos. Puedes creer en algo a medias e incluso puedes obligarte a creer firmemente en alguna cosa. Se desprecia lo convencional y, sin embargo, se tiene un miedo escondido de ellos».

El miedo a ser convencional condiciona una típica actitud de rebeldía en primer grado: se rechaza toda norma de comportamiento, se realiza lo contrario de lo que está instituido; pero esta conducta crea algunos dilemas morales perlocódicos, especialmente en materia sexual. No todo es tan «libre» como pudiera parecer, y la «generación X», especialmente las muchachas, siguen conservando una estimación por su propia virginidad y una serie de dudas ante la posibilidad de abrirse al campo de las realizaciones eróticas. En esta dimensión inmediata y cotidiana del comportamiento humano, la lucha contra la convención está, probablemente, sometida a mayores contradicciones y, mientras algunas muchachas admiran a otras, porque han sido lo suficientemente audaces para liberarse de los prejuicios, otras consideran que el amor es una «cuestión aparte» y que no caben en este terreno las libertades que reclaman para otras cosas... El comportamiento de los chicos es, quizá, menos complicado y contradictorio, más ingenuo en su pretendido amoralismo.

«Acostumbro salir con un amigo. Normalmente, nos solemos arrimar a alguna chica y la hacemos que nos pague la consumición. Decimos que somos agentes de ventas y que normalmente tenemos mucho dinero, pero que ahora estamos esperando una cantidad. Pagan nuestra consumición un par de veces y nos las llevamos. Nos tomamos una copa y vamos a bailar. Normalmente, sólo gastan diez chelines y nosotros les damos un paseo gratis en el coche. Después, las despedimos».

Pero cuando se encuentran en su propio elemento es a la hora de las diversiones colectivas. Una de las reuniones más características es la que anualmente se organiza en la Empire Pool de Wembley, como fiesta inicial del Carnaval. Siete mil muchachos acuden al reclamo de la música, de los concursos. Este año han actuado «Los Rolling Stones», «Los Animals», «Los Pretty Things». El frenesí del baile y del griterío duró hasta las cuatro de la mañana. Pero luego, la reunión siguió, de manera informal, en grupos y parejas, prolongándose hasta el amanecer. Cuando el tráfico londinense estaba en su apogeo, volvieron a sus casas, con sus familias.

Y, de nuevo, el tema que más parece escocerles es su deseo de ruptura con la generación precedente. Incluso pueden llegar a erigir, en justificación de sus propios errores, el hecho de que

SIGUE

NADA NOS VUELVE LOCOS

Cuando las reuniones terminan, después de una buena dosis de excitación y una agotadora sesión de baile, los muchachos vuelven a sus casas. A muchos de ellos les espera el trabajo —aceptado, pero no asumido— a la mañana siguiente. Para otros, simplemente, recomenzará una jornada en la que no tendrán nada mejor que hacer que «abusarse a sí mismos».



sus padres hayan tenido determinada forma de pensar. La oposición generacional tampoco es asunto nuevo, pero en el caso de los jóvenes a los que nos estamos refiriendo, se plantea la cuestión a escala mucho más aguda, pues llegarán a recobrar su propia estimación —así lo piensan ellos— en cuanto destruyan esa herencia paternalista.

«Normalmente, me levanto a las once de la mañana y me paso el día en el billar. En el verano, me voy a nadar. No tengo ni idea de por dónde marcha el mundo; tampoco me importa. Nadie se tomó la molestia de enseñarme nada. Las tonterías que nos explicaron en la escuela eran tan burdas que ni siquiera nos tomábamos la molestia de escuchar la cuarta parte. A los maestros, ni les importaba; todo lo que querían era lo mismo que nosotros: oír sonar la campana y correr fuera de la clase lo antes posible. Los maestros son un rebaño de miserables, incapaces de ningún trabajo verdadero».

A veces, dentro de la recalcitrante dureza con que tratan a sus mayores, puede filtrarse alguna fugaz ráfaga entrañable:

«Pienso que los viejos son ridículos. Casi siempre falsos; todo lo que hacen es falso. Soy rudo con mi madre e ignoro a mi padre, que es como debe ser. Mi padre es un borracho y no le conozco realmente. Siento como si nunca le hubiera visto. El único momento en el que siento algo por mi casa es cuando mi madre me habla, de vez en cuando, sobre los viejos tiempos o sobre algo que guarda en su imaginación. Habla de lo que siente acerca de su matrimonio o de lo que hacía la juventud de su época o acerca de la guerra. Esto es agradable y me gusta oírlo. Cuando habla lo hace para cambiar impresiones, para comunicarse con alguien».

¿Cómo se compagina esta especie de nostalgia y casi dulzura con la actitud antisentimental que pretenden mantener los pertenecientes a la «generación X»? Realmente, los sociólogos se sienten, a veces, perplejos al tratar de aplicar su metodología habitual al análisis de la juventud. En unos pocos años —aproximadamente los que van de los dieciocho a los veinticinco— se experimenta un proceso compuesto de mínimas etapas múltiples de desarrollo: es difícil aquilatar en su exacta dimensión el alcance de los gestos y actos de estos jóvenes, pues, en la mayoría de los casos, se trata de actos y gestos fingidos, enmascarados de una realidad. Pueden ser terriblemente sinceros o absolutamente falsos, pero quizá no abandonen nunca un cierto sentido de autenticidad que, aparentemente, se interpretaría como cinismo:

«Hacemos lo que queremos y tenemos una vida agradable porque no nos ocupamos de lo que hacemos ni de lo que piensan los demás. Yo conozco que éste es un sentimiento mutuo en las dos partes de la barrera, ¿no? Quiero decir que mientras nos mantenemos el margen y dejamos a la gente en paz a nadie le importa un pito lo que hacemos. Nadie quiere saber nada. Los adultos son los verdaderos delincuentes. ¿Qué clase de ejemplo piensan que están dando armando a los muchachos de mi edad y mandándoles a luchar en el Yemén, en Vietnam y en los cuatro puntos cardinales? Ya no me interesa nada. No nos volvemos locos por «Los Beatles» ni por esas vainas. Me gustan, claro; son diferentes a la concepción que tiene Hollywood sobre las estrellas. Creo que esto es lo que agrada a los chicos de su estilo. Bueno, ya son ricos y famosos. Pero les trae sin cuidado; no les importa hacer algo realmente grande; no tienen por qué. Pero no nos vuelven locos. No nos vuelve locos nada».

Sólo puede enloquecerles la idea de que dentro de unos años ellos pueden llegar a ser tan conservadores como los odiados y pulcros viejecitos contra los que ahora enfrentan toda su actitud vital.





NADA NOS VUELVE LOCOS

En las largas horas que duran las espectaculares reuniones hay tiempo para todo: para la celebración de concursos de belleza, que, a veces, cuentan con actrices famosas en el Jurado —Laya Raki, arriba a la izquierda—, o para hacer objeto de una recepción apoteósica al conjunto preferido, como puede serlo el de «The Animals», a cuyo vocalista, Eric Burdon, vemos en la foto inferior izquierda.

